

LA CABEZA DE ASTERIÓN

Miguel Ángel Martínez

1º Premio de Textos Dramáticos «Dulce por amargo», 2012

(Escuela Superior de Arte Dramático y Profesional de Danza del Principado de Asturias)

1º Premio de Teatro Buero Vallejo del IX Certamen Literario Cide Hamete Benegeli, 2016 (Universidad de Alcalá)

Y detrás de los mitos y las máscaras,
el alma, que está sola.

Jorge Luis Borges

Espacio negro. Se escucha el mar unos instantes. Suena el clarín que en la plaza de toros anuncia la entrada del animal. A continuación y a medida que se hace la luz se van oyendo cada vez más cerca las palabras de ASTERIÓN, el Minotauro. En medio de la escena hay una mesa con espejo. Sobre él pende una cuerda que se pierde en la altura. Es el centro del laberinto.

ASTERIÓN: *(Voz de.)* Hablo solo y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, hablo solo... ¡ya estoy en casa! ...y no estoy loco, hablo solo y no estoy loco, ¡mierda! ya se me ha olvidado el saco en la playa. Marcha atrás. No estoy loco y hablo solo, no estoy loco y hablo solo, no estoy loco *(Ríe)*. Que no, que es broma. No desesperes que ya estoy llegando. Hablo solo y no estoy loco, que ya me queda poco, hablo solo y no estoy loco, *(Entra con un saco al hombro.)* hablo solo y no estoy loco, y no estoy loco, y no estoy loco, loco, loco, locomoto, locomoto, locomotora, locomotora, locamente motora, chucu, chucu, chucu, chucu, chucu, chucu, chucu, chucu.... pffiiiiuuuuii. Fin de trayecto. *(Deja el saco en el suelo y se encara con el espejo)*. Que sí, claro que he oído la señal *(Habla mientras va sacando algunos alimentos del saco y una botella de vino que mirará con arrobo y exhalando un suspiro)*. Luego se nota interrumpido y continúa hablándole al espejo) No me vengas ahora con lo mismo, con que tienes miedo, con que no soportas quedarte solo en el centro los días de entrega. Para que te enteres, salir también forma parte de mi trabajo. Además, nadie ha llegado nunca hasta aquí. Ninguno será lo suficientemente valiente y listo como para conseguirlo. Confía en mí, hombre, digo toro, digo..., digo... da igual, digo que me juego, que me apuesto la cabeza, ¿me oyes?, que apuesto esta cabezota a que nadie pondrá nunca su pie en el centro del laberinto. ¿Eh? Y para que no me atormentes más con tus temores y te quedes tranquilo de una vez, sellaré solemnemente mi juramento cuatro veces: Te lo juro, te lo juro, te lo juro, te lo juro por mi cabeza de Asterión que me llamo. *(Transición. Ilusionado, frotándose las manos.)* ¿A que no sabes lo que me han dejado hoy en la orilla? A ver si lo adivinas... ¿Cómo? ¿Una pista? A ver... adivina adivinanza, es de cuero... de vaca *(Ríe.)* No, no es un látigo, tampoco una fusta, tampoco una cincha, tampoco una máscara, tampoco,

tampoco... ¿Te rindes? Pues ahí va, prepárate... *(Ilusionado y haciendo redoble de tambor.)* A la una..., a las dos... y a las... *(Sacando unas sandalias y cantando.)* Ay torito toro, ay torito bravo tiene sandalias y no va descalzo, ay torito toro, ay torito bravo, unas sandalias del cincuenta y tres, del cincuenta y tres, del cincuenta y tres, del cincuenta y tres, del cincuenta *(Se detiene bruscamente. Después de una pausa.)* ¿Qué para qué demonios necesito yo unas sandalias? Pues para no destrozarme los pies pateando este maldito laberinto cuando voy y vengo a toda leche a las entregas, sí, a toda leche para que el señor no se quede solito mucho tiempo en el centro. Desagradecido. *(Se las pone mientras continúa tarareando la canción.)* Sí, ya sé he andado descalzo toda mi vida, pero los hombres las llevan ¿no?, y, al fin y al cabo, mis pies son humanos ¿no?, y mis manos también son humanas ¿no?, y mi cuerpo también es humano ¿no? Y... ¡sí, ya lo sé! no hace falta que me lo repitas, que mi cabeza y mi..., y mi..., y mi... falo son del toro que montó a la loca de mi madre, a la loca de Pasífae, a la loca mujer de Minos que perdió la cabeza por un toro sagrado... *(Lloroso.)* Pero lo que hay dentro de mi cabeza es de un dios, es de un dios... ¡y sanseacabó! *(Se calza las sandalias infantilmente enfadado).* Que sí, no estoy sordo. He oído perfectamente ese tiiiií tiritiritiririrí tiritiritirí que anuncia la entrada de un intruso y de que comienza el trabajo de verdad. Así que me pongo el uniforme y ¡al tajo!

(Tarareando la del torito abre un arcón donde están los otros complementos de su uniforme que va poniendo sobre la mesa. Por último saca un altavoz y se dirige al frente.)

ASTERIÓN: *(Hablando por el altavoz.)* ¿Quién osa perturbar la paz y el silencio del laberinto del minotauro? *(En la izquierda lanza una carcajada.)* *(En el fondo.)* ¿Qué insensato se atreve a rebasar el perímetro de seguridad de la vida y trasponer los umbrales de la muerte? *(En la derecha muge. Vuelve al arcón mientras cuenta.)* Uno, dos tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis. Ya está. Cuatro veces cuatro. Mi voz a trescientos cuarenta metros por segundo ha llegado hasta el último rincón. *(Se sube de un salto al altar y tira de la cuerda haciendo sonar lejanos y cercanos, cencerros de diferentes tamaños. Luego baja de un salto. Del arcón saca un peto de cuero que comienza ponerse mientras canta a media voz.)* Cuatro esquinitas tiene mi casa, cuatro entraditas sin puertas ni nada. *(Al espejo.)* No sé cuantas veces te lo he explicado. Trescientos cuarenta metros por

segundo es el resultado del espacio del propio laberinto repartido en el tiempo que en él se encierra mientras mi voz se propaga en todas direcciones. Cada piedra que sostiene esta arquitectura de silencio y paz responde a esa exacta resonancia matemática. ¿Te enteras? *(Comienza a vestirse.)* Da igual. Estas hebillas ya están oxidadas, fíjate, el mar llega hasta aquí, hay que pedir unas nuevas y cambiarlas. *(Saca una muñequera con pinchos y se la pone. Luego toma de nuevo el altavoz y hace la misma operación anterior, con la diferencia de que antes de gritar escucha acercándose a su oreja el mismo altavoz.)* *(Al fondo.)* ¡Bienvenido al infierno, intruso! Ya no hay vuelta atrás, ya no hay futuro, ni salida de emergencias, ni escalera de incendios... y todos los corredores te conducen hacia mí! *(En la derecha lanza una carcajada.)* *(En el frente.)* ¡Sí, intruso, esto es el infierno y aquí yo soy el puto amo, tu peor pesadilla, la condena de tu muerte! *(En la izquierda muge.)* Uno, dos tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciséis. Ya está. Cuatro veces cuatro. *(Se sube al altar toma la cuerda)* Qué curioso. No he oído nada. Ni un lamento. *(Acciona la cuerda. Luego baja de un salto. Saca otra muñequera. Va a ponérsela pero se detiene.)* *(Convenciéndose, restándole importancia.)* Será uno de esos que se quedan paralizados o se desmayan o ambas cosas a la vez, digo, consecutivamente, tú ya me entiendes. *(Poniéndose la muñequera y cantando a media voz.)* Cuatro esquinitas tiene mi casa, a los cuatro vientos dan sus fachadas. *(Saca un antifaz y una argolla.)* *(Al espejo.)* Este cuero está ya pasado. Recuérdame que incluya otra máscara en el próximo pedido. *(Se pone la máscara de cara al público.)* Y ahora el toque maestro. *(Va hacia el espejo y se coloca la argolla en la nariz.)* La puñetera argolla. Una auténtica y dolorosa estupidez, pero es lo más que acojona. ¿A que sí? *(Asusta al espejo, luego le "da un cachete".)* Jodido fetichismo. *(Va hacia el arcón. Saca el látigo y lo hace restallar.)* ¿A que acojona?

(Se pasea de un lado a otro con el látigo bajo el brazo, como quien espera.

Transcurridos unos instantes habla de nuevo.)

ASTERIÓN: ¿No lo ves? Pues haciendo tiempo. Claro que el tiempo puede hacerse. Aquí estoy haciéndolo yo y no solo haciéndolo sino dándoselo al intruso para que se interne un poco más, cada vez un poquito más, hasta que esté tan cerca que su latido lo delate. Así el susto será mayor y la muerte más rápida. Darles tiempo y una muerte

súbita es lo menos que se puede hacer por un infeliz, llámelo héroe o suicida, que está a punto de abandonar sin pena, ni gloria, ni nombre este mundo.

(Coge el altavoz y repite la operación aunque ahora hará restallar el látigo después de hablar en cada punto.) (En el fondo, aplicando el oído.)

ASTERIÓN: Qué raro. Nada. Ni mu... *(Se ríe.)* Ríete coño. Ni muuuu... Si es buenísimo. *(Al fondo.)* ¡Ateniense, ya huelo tu miedo en las sombras! *(En la izquierda.)* ¡Ateniense, ya oigo tu corazón en las sombras! *(En el frente.)* ¡Ateniense, ya toco tu cuerpo en las sombras! *(En la derecha.)* ¡Ateniense, ya estoy saboreando tu sangre en las sombras! *(Rápidamente se sube de un salto al altar. Da una vuelta sobre sí mismo mientras grita.)* ¡Y ahora, encomienda tu alma a Zeus! ¡Quien no se ha escondido tiempo ha tenido! *(Deja el altavoz en el altar y ríe y muge accionando la cuerda y dando latigazos a los cuatro costados. Se detiene bruscamente jadeando. Toma de nuevo el altavoz y hace oídos a la redonda mientras mira hacia arriba.)* Mierda. Ni señal de vida. Ni un suspiro. No me puedo creer que vaya a tener que patearme todo el laberinto para dar con un intruso que igual ya la ha palmado.

(En ese momento entra ARIADNA por la derecha. Viste un traje de volantes corto y una capa con caperuza roja que le cubre la cabeza. Su vestuario, complementos y peinado deben obedecer a una fusión entre el mundo clásico y el folclorismo andaluz. Porta una espada de torero en una mano que apunta a ASTERIÓN. En su antebrazo está atada una cinta roja que se pierde por donde ha entrado. Nada más verse muestra la lucha entre un miedo bien disimulado y una voluntad forjada en una desesperación que la obliga a seguir adelante.)

ASTERIÓN: *(Como un niño con zapatos nuevos)* Bueno, al menos ahora tengo un buen par de sandalias para hacerlo.

ARIADNA: No va a hacer falta que te muevas de aquí. Ya te he encontrado yo primero. *(Se echa hacia atrás la capucha.)* Y el único que va a morir hoy vas a ser tú, Minotauro.

(ASTERIÓN se queda de piedra y cuando ARIADNA termina de hablar mira sucesivamente a la mujer y al espejo un par de veces hasta que se le cae el altavoz de la mano con gran estrépito. En ese momento, sobresaltada y sintiéndose amenazada, ARIADNA da un pequeño salto hacia adelante alzando la espada. ASTERIÓN se queda ensimismado. Se sienta despacio en el borde de

la mesa. Mira luego al espejo, como diciendo Lo siento. Permanece mirándolo con lástima y resignación largo rato.)

ARIADNA: *(Brusca y nerviosa.)* ¿Qué estás haciendo? ¿Qué miras? ¿A qué esperas? Baja de ahí y venga, embísteme de una vez. *(Mueve su capa. Autoritaria, deseosa de acabar ya con él.)* ¡Venga ya, ataca! ¡Eh, toro!

ASTERIÓN: *(Aturdido.)* Eso es un mito.

ARIADNA: ¿Un mito?

ASTERIÓN: La capa. Su color. Ese color que llaman rojo y que para mis ojos miopes sólo es un matiz más en la infinita escala de grises. El movimiento. Es su movimiento lo que realmente me provoca, lo que de verdad excita mi parte toro. Pero, en cambio, mi parte hombre sabe que es una tosca artimaña. No te molestes en repetirlo. Es ridículo.

ARIADNA: *(Cada vez más excitada.)* Cállate. No quiero oírte. No intentes embaucarme y terminemos cuanto antes. Tú conmigo o yo contigo. Embísteme si tienes huevos.

ASTERIÓN: *(Con el mismo tono mesurado.)* Ya lo creo que los tengo. Créeme, esa no es la cuestión.

ARIADNA: ¿Ah no? Venga, ¡eh, toro!

ASTERIÓN: La cuestión es que tú no eres la víctima del tributo ateniense. Se te ve a la legua que ni eres ateniense ni eres...

ARIADNA: Un hombre. Salta a la vista, miope, soy una mujer cretense ¿y qué? Lo que importa es que estoy delante de tus narices y tus cuernos, desafiándote. Así que arráncate de una vez.

ASTERIÓN: La cuestión es que espero a un héroe ateniense que me dé muerte y tú no lo eres. Ninguno de los dos puede asesinar al otro. Y esta imposibilidad nos plantea un conflicto existencial inesperado e irresoluble.

ARIADNA: Déjate de monsergas. Baja y embiste.

ASTERIÓN: Tengo que pensar, tengo que pensar... *(Al espejo.)* Claro que no puede ser ella, y encima he jurado que mi cabeza sería del primero que pisase el centro...

ARIADNA: ¡¿Qué demonios tienes que pensar?! ¡¿Con quién estás hablando?! ¡

ASTERIÓN: Quieres hacer el favor de bajar la espada. No logro concentrarme si continúas apuntándome con ella.

ARIADNA: Mejor.

ASTERIÓN: Necesito pensar. *(Al espejo.)* Lo he jurado... pero estaba convencido... ¡tendría que ser para el héroe ateniense! y no para ella..., ¡por Zeus! No, pero eso no es lo peor. Peor aún es que además no puedo matarla, porque si no, cómo podría ella llevarse su trofeo y yo cumplir mi palabra conmigo. *(A Ariadna.)* Que bajes esa espada, por favor.

ARIADNA: Ni lo sueñes.

ASTERIÓN: Por lo que más quieras, bájala. Confía en mí, solo necesito tiempo para pensar.

ARIADNA: Pues a mí no me sobra el tiempo precisamente. Y... que confíe en ti..., que confíe en ti... ¿Quieres que confíe en ti?

ASTERIÓN: *(Severo.)* Sí, creo que eso es lo que he dicho.

ARIADNA: Entonces suelta tú el látigo antes.

ASTERIÓN: No.

ARIADNA: ¿Ah, no?

ASTERIÓN: No confío en tu espada.

ARIADNA: Bien hecho, porque no pienso soltarla. La necesito para matarte ¿sabes?

ASTERIÓN: *(Resopla impaciente porque reconoce para sí que convencerla va a ser más difícil de lo que preveía.)* Y mi palabra. ¿Te vale mi palabra? Mi palabra es sagrada.

ARIADNA: Tu palabra me importa una sagrada mierda.

(En ese momento ASTERIÓN baja de un salto y mira fijamente a ARIADNA. A partir de ahora las intervenciones de ambos irán subiendo de intensidad.)

ARIADNA: *(Amenazante con la espada.)* Quieto ahí. No te muevas.

ASTERIÓN: *(Sincero pero duro.)* Te doy mi palabra de que no te mataré. No puedo hacerlo, créeme.

(Da un paso hacia ella.)